



LA HOJUA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

CARLOS MIRANDA

De parranda.

RAMÓN ASENSIO MAS

La florida primavera.

UN PEQUEÑO REPORTER

De la semana picaresca.

FERNANDO AMADO

Abstenernos manda Dios...

J. MARTÍNEZ JEREZ

Pompas fúnebres.

JULIO MATA

El cambio de piso.

VICENTE VELLÓD

Lo que deseo.

CLEMENTE DE CASTRO

Nuestras cocotas.

M. CAMACHO BENEYTEZ

Ofrenda roja.

FERNANDO PORSET

Lo que me pesaba.

TOVAR, DEMETRIO, UCETA,
ESTEVANILLO, ALFONSO y ENRIQUE

Caricaturas y retratos de Lolita Agero,
Margot Marín y otros dibujos.



LOLITA AGERO

Que se decide y se lanza á ser tonadillera, y que, por lo gentil y lo bonita va á «descabezar» á mucha gente...

5 cénts.



NO HAY FRUTA COMO LAS FRESAS,
SI ESTÁN DURITAS Y TIESAS...

Sí, lectora, es la tal fruta
la de mi predilección,
ya que la mujer reputa
que no hay nada—sin disputa—
cual la fresa y el fresón.

Hay quien cifra su placer
en repartir una raja
de melón con la mujer;
y, cuando el precio se baja,
de la sandía, ¡hay que ver!

A otros les gusta la pera
de donguindo ó de San Juan;
pero como no la dan
ahora, en la Primavera,
tienen que casarse en san...

Conozco á más de un amigo
que se pirra por el higo;
como hay quien se come un chocho
y, acostándose á las ocho,
no da hasta la una el ombligo.

Y hay mucho joven y viejo
que todas las frutas deja,
por no gustarle el pellejo,
y apenca con un conejo
mejor, ó con una almeja.

De gustos no hay nada escrito;
pero, tocante á la mesa,
nada mejor que una fresa,
pues parece un pezoncito
si está dura y si está tiesa.

¿Y hay cosa, ¡por vida mía!,
más sabroso que el pezón

rosa de un ama de cría?
Yo, al ver uno, ¡lo mordí!
(dicho sea con perdón).

Todo tiempo es excelente
para eso de hincar el diente
sobre el pezón de una ubre,
porque se da exactamente
lo mismo en Mayo que Octubre.

Y así es que, al ver una fresa,
mi sangre en ardor se inflama;
sobre todo si está tiesa,
como el de la montañesa
próvida ubre de un ama.

Como no tienen pellejo,
yo por las fresas no dejo
de sentir un gran cariño;
y, aunque estoy un tanto viejo,
viéndolas me vuelvo niño.

Y á veces—cuando una madre
da á su rorro de mamar—
puedo, lectora, jurar
que también me siento padre...
sin poderlo remediar.

Tienen tan cálido olor
y tan divino sabor
las fresas y los fresones,
que por gustar su dulzor
daría hasta mis riñones.

Sí; la fresa me embelesa
cuando está durita y tiesa,
pues me acuerdo del pezón...
¡¡Oh, el encanto de la fresa
y el hechizo del fresón!!...

Carlos Miranda

LA FLORIDA PRIMAVERA

VISTO Y OÍDO

 El sol de Mayo, risueño y juvenil, se asoma por entre el ramaje de los álamos, dibujando medallones de luz sobre la arena de los paseos; por el espacio azul cruzan los pájaros, en bandadas, con bulliciosa algarabía; huele á rosas, á lilas, á eucaliptos. ., y en las caras de las gentes dijérase que la alegría del vivir pone un gesto de satisfacción ó una sonrisa de esperanza. ¡Es Primavera!

En las mañanas, tibias y perfumadas como una caricia de cocota, el Retiro se estremece voluptuoso bajo su manto de verdura, brindándonos el misterioso refugio de sus frondas y el oculto asilo de sus glorietas.

¡Oh, las mañanas primaverales del Retiro!... ¿A quién no le ha esperado allí una novia modista en sus tiempos estudiantiles? ¿Quién no ha sentido la dulce caricia de unos ojos negros y ha espiado, para *aprovecharse*, cualquier descuido de la mamá? ¿Quién no ha corrido tras unas faldas verdes, azules ó rojas, que el viento agitaba y eran para nosotros como el banderín del amor? Yo, de mí, sé decir que, aunque no soy viejo, recuerdo con gusto aquellos tiempos míos, y, apenas llega la Primavera, me doy una vuelta por el Retiro todos los años. ¿Costumbre? ¿Vicio? ¿Ansias de recordar las mocedades? No lo sé; quizá de todo un poco. Únicamente puedo asegurarnos que la comedia sigue siendo la misma, y que, en la imposibilidad de ser actor, me conformo con mi papel de espectador *discreto*.

Seguidme en mi paseo y escuchad:
Visto y oído.

.....
—¡Corra usted, que la cojol...

—¡Ay, por Dios, Alfredol... ¡Estoy sofocada, rendida, no puedo más!... ¡Tenga usted compasión de mí!...

—Bueno; pues sentémonos.

—¿Dónde? ¿Aquí, en este rincón tan solitario... y con lo atrevido que es usted? ¡Qué disparate!

—¿Me tiene usted miedo?

—Miedo, no; pero... ¡si viera usted lo groserote que es el guarda de este paseo!...



El doctor.—Tenemos un poco de fiebre, tenemos que cuidarnos, tenemos que meternos en la cama...

La paciente.—En seguida que mande á la chica á un recado.

Vámonos á la glorieta de enfrente; el de allí hace la vista gorda.

.....
—¿Me hace usted el obsequio?

—¿De qué, señora?

—Hombre, de bajar la pierna y dejarme sitio. Digo, si no es que ha tomado usted el banco por un somiere.

—¡Ojalá!... ¡Menuda siesta íbamos á echar los dos!

—Gracias. No me sirve usted pá manta.

—¡Caray, pues lo siento! Porque usted me venía que ni pintá pá traspuntín.

—¿De modo que tronaste con Miranda?

—Este invierno. Figúrate que le sorprendí en mi alcoba con la doncella, y ¡no quieras saber!... ¡Bonita soy yo para aguantar ancas de nadie!

—Bien hecho.

—Eso sí; no puedo quejarme, porque el t'aque, apenas se enteró del rompimiento, se lanzó con todas sus consecuencias, y ya ves

—Anda, Pepito salta, que vamos á dar tocino.

—Eso; tocino, tocino...

—No, tocino, no, Mercedes. No me déis tocino, porque va la comba muy deprisa y me mareo.

—Bueno, pues carne.

—Eso; carne, carne...

—No, carne tampoco, que me fatigo mucho. De verdad.

—Pues entonces, ¿qué quieres?

—Otra cosa; todo menos que me déis tocino, ni que me déis carne.

—Bueno, pues vete á jugar á otrolado y que te den morcilla, Pepito. Será lo mejor.

—Una charada en acción, señoritas; fíjense y á ver quién acierta el resultado. (Poniéndose en pie y cojeando.) ¿Primera y segunda?

—Cojo... Cojo.

—Muy bien. ¿Tercera y cuarta? (Sacando un pañuelo, lo ata muy fuerte y lo presenta.) Vamos á ver quién lo adivina.

—Lazo...

—Nudo...

—Nudo... Nudo...

—Muy bien. ¿Y el todo?

—¡Oh, mañanas primaverales del Retiro, dulces mañanas de Abril y de Mayo en que el sol brilla con resplandores de incendio y los pájaros cantan y la tierra se estremece de felicidad, yo os saludo y os bendigo con toda mi alma, porque, con el perfume de las primeras lilas, llega á mis sentidos otro perfume vivo y penetrante que me habla de amor, de alegría, de juventud!...

Ramón Asensio Más.



—Espero que te esmeres y me hagas una filigrana con el conejo.

—Pierda cuidado el señor, porque lo presento como ninguna.

cómo me tiene: mil duros mensuales, casa y «auto»... Pero ¿tú estás viendo este demonio de hija mía? ¡Mírala! ¡No quiere jugar más que con los chicos!... ¡Margot!... ¡Margot!...

—Déjala, mujer.

—No, no la dejo; ¡no faltaba más!... ¡Así empecé yo!

—¡Oiga usted, ama!

—¿Qué pasa, melitar?

—Que cuando acabe el niño procure usted que quede algo pa un servidor.

—¡Bah, bah!... Non se hizo la miel...

—Conozco el refrán, ama; por eso no me oírezco pa la recíproca.

DE LA SEMANA PICARESCA

(NOTAS DE MI CARNET)

¡DEMOS LAS GUSTO!

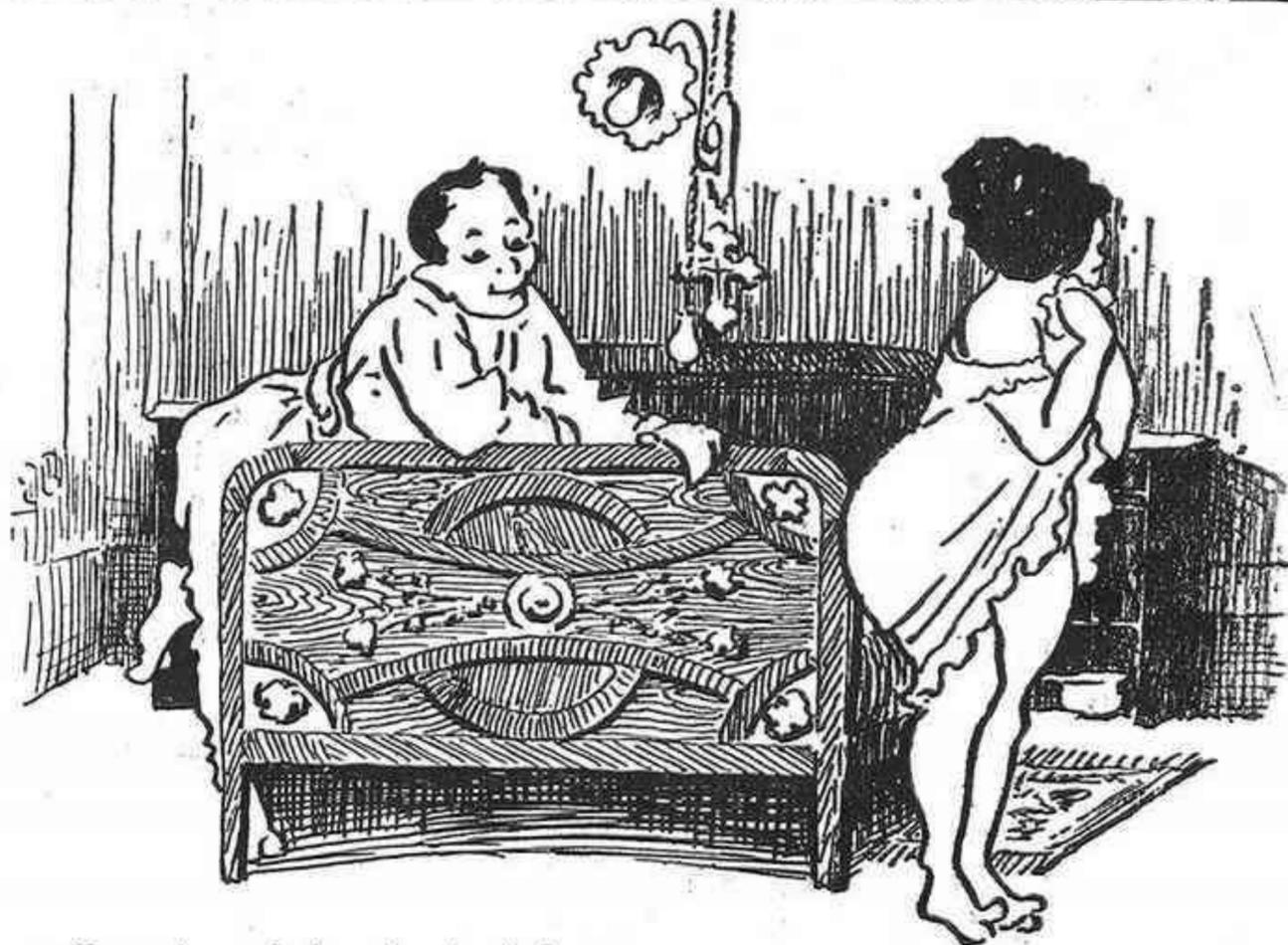
POCO pródiga en acontecimientos merecedores de comentario propio de esta sección ha sido la anterior semana.

Un calor sobrenatural, anticipándose dos meses, fué en escala ascendente enervando nuestros cuerpos y haciendo que de día en día nos despojásemos de una prenda de la indumentaria interior y exterior, llegando á hacernos pensar en serio en la necesidad de la sencilla y patriarcal *toilette* de nuestros primitivos padres, hasta el extremo que Ruiz Jiménez, velando siempre por el bien del vecindario, estuvo á punto de hacer fijar en las esquinas un bando autorizándonos á salir á la calle en paños todo lo menores que nos saliese de dentro, incluso permitiendo que nos vistiesen el mismo sastre y la misma modista, según los sexos, que vestían á D. Adán y doña Eva, cosa muy natural si se tiene en cuenta que nuestro alcalde, quizá por ser el hombre más fiaco del mundo, es especialista en carnes.

Pero es lo que él dirá: ¿no aseguran que la carne es flaca?; luego nadie en más situación que yo para ocuparme de ella. Y consecuencia de esta actitud suya es que nos hallamos otra vez en danza con los tablajeros, y á estas horas no sabemos si nos la bajarán ó si tendrán que volver á subírnosla, aunque desde luego es de temer que ocurrirá esto último, pues la práctica demuestra que siempre que se toca tan delicado asunto, lo inmediato es una subida. Por eso las gentes prácticas están conformes en afirmar que

para que la carne no suba, lo mejor es no tocarla.

Enfin, que esto de la alimentación carnívora se va poniendo cada vez peor, y será cosa de ir pensando en la láctea en combinación con la vegetariana. Con ello, no haremos más que seguir el ejemplo de la resolución adoptada ya por las señoras y señoritas sufragistas de Norte América; que no contentas con reclamar su derecho á ser electoras y elegibles, piden ahora que se suprima

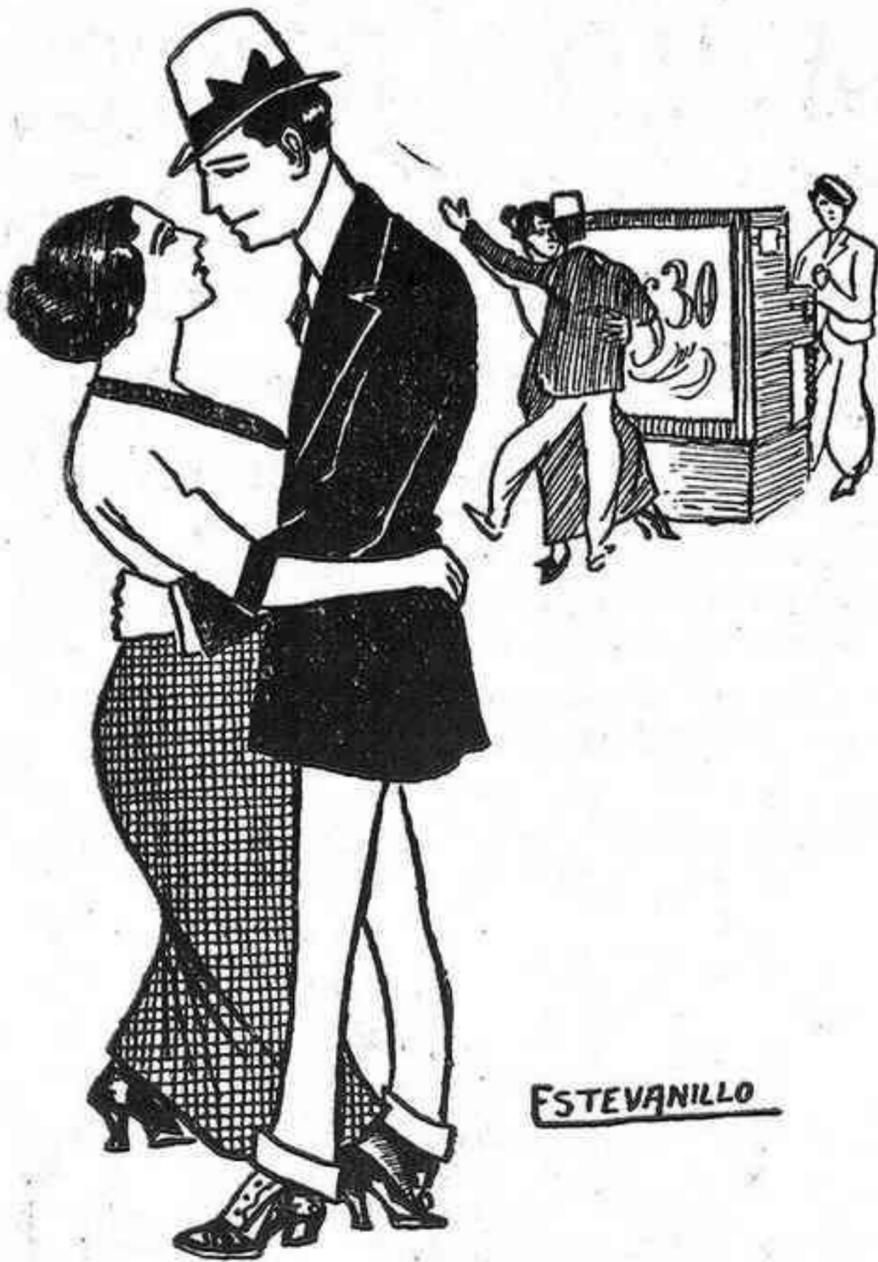


- ¿Pero te enfadas, tontuela?
 —¡Naturalmente! Ya me decían á mí que tú no andabas por buen camino.
 —¿Conque malo, y voy por el recto!

la matanza de animales, porque sobre ser inhumano el sacrificarlos, el alimentarse con ellos es causa de que las razas se desvigoricen.

En el mitin de Virginia, donde han proclamado estas teorías, se arrancaron contra el sexo feo, y después de ponerlo de cruel, egoísta y estúpido, que no habla por donde cogerlo, acabaron por aprobar las siguientes conclusiones:

«La mujer es por lo menos tan fuerte, tan vigorosa y tan intelectual como el hombre. Ambos colaboran por igual en la grandiosa



ESTEVANILLO

—¿De manera que hago lo que tú quieres y todavía te quejas?

—¡Si es que tienes la cabeza muy dura!

obra de la Humanidad y teniendo iguales deberes, deben tener los mismos derechos. Reclamamos el voto.

El hombre no tiene derecho á sacrificar la vida de seres que Dios creó, para que, como él, cumplan una misión en la Tierra, arrebatándoles su existencia para nutrirse. Protestamos contra el sacrificio de animales para la alimentación.

¡Abajo el egoísmo de los hombres! ¡Viva el sufragio para la mujer! ¡Fuera la alimentación carnívora!

Tal es, fielmente traducido, el acuerdo tomado por unas tres mil asambleístas que aseguran representar á más de cinco millones de asociados.

Yo estoy de acuerdo en un todo con esas encolerizadas sufragistas, y desde luego me ofrezco á ellas para todo lo que quieran que yo las haga, siempre, claro está, en beneficio de la vigorización de la raza, porque si bien son muchos, por lo mismo que nos llaman egoístas y otras lindezas, es necesario demostrarlas que no todos somos iguales y que hay algunos dispuestos á sacrificarse por ellas, en compensación á que ellos sacrifican

otros seres «que Dios creó para que, como él, cumplan una misión en la Tierra».

Sí, señor. ¡Abajo el solomillo y arriba la zanahoria! Por no colocarles á ustedes otra raíz también alimenticia, que supongo será plato de gusto para mis futuras representadas.

Las sufragistas, y muy singularmente las guapas, tienen derecho á votar y tienen derecho á toda clase de hortalizas que nutran, porque, como ellas dicen con muchísima razón, «colaboran por igual en la obra de la Humanidad».

El argumento no tiene vuelta de hoja. ¡Que ellas se nieguen á colaborar, es decir, que se declaren en huelga, á ver cómo el hombre se les arregla para ir cubriendo las vacantes de la Naturaleza!

Porque hasta ahora al menos no ha pasado de ser un timo aquello del hombre fenómeno que se exhibía en las barracas de feria, y luego resultó ser un infeliz padre de familia, que se ganaba la vida ocultando una almohada de viaje para dar el queso á los asombrados paletos.

Pensemos bien en estos árdulos asuntos, y deponiendo nuestra injustificada supremacía, reconozcamos el derecho que tienen. Yo estoy dispuesto á reconocerlo en cuantas me lo pidan, y muy agradecido encima.

Hagámoselo. ¿Hay cosa más agradable que darles gusto?

Un pequeño repórter



—¡Ay, mis huevos!

ABSTENERNOS, MANDA DIOS...

MARGARITA y su esposo regresan de un baile de sociedad, y mientras la primera empieza á desnudarse lentamente, el segundo lee una carta llegada aquella noche. Es de advertir que este matrimonio, joven y bello, parece amarse todavía y no tiene hijos.

MARGARITA.—¿Qué lees, Joaquín?

JOAQUÍN (entregando á su esposa la carta).—Una esquila de los de Fernández anunciándonos el nacimiento de su cuarto retoño.

M. (asombrada).—¿Ya?

J.—Hay gentes capaces de esa y de otras muchas atrocidades.

M. (acaba de despojarse de su vestido de baile y aparece, vaporosa y adorable, en camisa y corsé, paseándose lentamente por el gabinete, con las manos sobre las caderas y el aire un tanto perplejo).—¿Y tú crees que estarán contentos los Fernández?

J.—Todo podía suceder.

M. (quitándose el corsé).—Pues, hijo, por mi parte no sabría si felicitarlos ó darles el pésame.

J. (desahaciendo el lazo de la corbata).—Suele haber casos imprevistos, olvidos irremediab'es... Y sobre todo, como dice el doctor, no todos los días se encuentra un Moisés al entrar en el baño. Casi siempre hay motivo para esperararlo con la seguridad de que ha de venir.

M. (quitándose los zapatos).—¿Cómo Moisés?

J.—Sí, mujer, ya sabes que á Moisés se lo

encontró recién nacido, en una cunita, la hija de Faraón...

M.—¡Ah! Sí. ¿En el Nilo?

J.—Cabalmente. Bueno, pues se conoce que los Fernández tienen en su casa otro Nilo abundante en sorpresas de este género.

M.—No los envidio.

J.—Ni yo tampoco. Es mejor bañarse sin peligro á ta'es encuentros.

M.—Sí, pero ya sabes, tontín, que no siem-

CELOS



—¡Ya lo sabes, el perro ó yo! ¡Como mejor te venga!

pre querer es poder.

J.—Al contrario: siempre que se puede es que se quiere. Lo que ocurre es que no todos los hombres son generosos.

M.—Ni todas las mujeres pecan por excesivamente reflexivas.

J.—Ahí tienes, sin ir más lejos al matrimonio Sánchez. A cada hijo que tienen dicen los dos á coro. «Este será el último.» Luego

se les olvida la mutua promesa que se hicieron... y cádate otra vez al verbo hecho carne.

M. (*sepultando entre las blancas sábanas su divina persona*).—¡Ay, Joaquinito! Cree que esta clase de esquelas, me refiero á los de los Fernández, le producen á una mucha lástima.

J.—Es verdad... Y, s'n embargo, hay gentes que desean con toda su alma un hijo en ciertos momentos.



—¡El demonio de la minina! En cuanto entro en mi cuarto á desnudarme, ya la tengo dentro!

M.—Entonces lo que debieran hacer es enviar una esquila á sus amigos en el momento del deseo... Digo, me parece...

J.—¿Participándoles su intencion?

M.—Precisamente. De esta manera, cuando envasen la noticia del nacimiento podría uno felicitarles sin temor á ofenderlos.

J.—No estaría mal... «Don Falano de Tal y doña Zutanita de Cual participan á usted su deseo de tener un hijo...» Y la fecha... Eres saladísima. (*Rie á carcajadas.*)

M. (*estirándose voluptuosamente en el lecho*).—¿No te acuestas?

J.—Ahora. Me tiene muy preocupado esta fecundidad de los Fernández.

M.—Calla, tonto, no te preocupes de los demás... Acuéstate; es muy tarde.

J. (*meditabundo*).—¡Cuatro hijos!... Y el caso es que llevan casados, sobre poco más ó menos, el mismo tiempo que nosotros...

M.—El mismo... Pero acuéstate.

J. (*acostándose*).—Será que eres tú menos bella que la mujer de Fernández... Será que yo te quiero menos.

M.—Nada de eso, riquín. Es que nos queremos más que ellos... Es que, como dice un autor de tu biblioteca, los matrimonios que se aman verdaderamente no necesitan hijos.

J.—Sin embargo, les están vedadas ciertas alegrías.

M. (*volviendo la espalda á su marido*).—Vaya, hijito, que descanses. Esto no se puede hablar contigo.

J.—¿Por qué?

M.—Porque me das miedo. Te encuentro á punto de querer imitar á Fernández... y entonces sí que no me encontrarías tan bella ni me querías tanto. (*Se arroja concienzudamente y se dispone á dormir á pierna suelta.*)

J. (*con cierta filosofía*).—Tienes razón, monina. Durmamos. El amor nos sería esta noche muy peligroso.

(*Cinco minutos después no se oye nada en la habitación; los dos duermen.*)

Fernando Amado



POMPAS FÚNEBRES

Tened, señora, el límpido raudal; dad tregua á tanto lloro, por mi fe, que no fué el muerto peje para que le hagáis esa laguna sepulcral.

Mas, siempre, tiró al monte, de rural, que no, de nauta, al piélago azul fué, y es bien que á los difuntos se les dé memoria de su oficio y de su hostal.

Y es en vano anegarle, pues que aún irse á la nada en seco es más común que chispear de escama bajo el sol quien hubo menesteres por Abril, menos vivió villano que cerril y al sendero salióse caracol.

J. Martinez Jerez

EL CAMBIO DE PISO

Mamigo López y se bella esposa Juanita esperaban á un tío residente en Teruel que les habla anunciado su presencia en la corte para pasar con ellos un par de meses, y como ese tío fué para ellos una especie de providencia cuando se cansaron y tenían que agradecer varios regalitos en especie y en metálico, no hay para qué decir que le prepararon la mejor habitación de la casa y que pusieron á prueba sus modestos recursos.

El día en que D. Ambrosio debía llegar ocurriósele á uno de los jefes de López trabajar más que de costumbre — en realidad la costumbre era no trabajar —, so pretexto del despacho urgente de varios asuntos bien recomendados, y el pobre chico no tuvo más remedio que irse á la oficina y faltar á los deberes que su parentesco le imponía, ó sea recibir al tío en la estación y acompañarle á casa; pero en la dulce esperanza de que el jefe se ablandase á última hora anunció á Juanita que haría todo lo posible por bajar á la estación.

A cosa de las doce alteró la paz del tranquilo hogar un fuerte campanillazo que hizo saltar á Juanita de su silla y dirigirse á la puerta á tiempo que la criada introducía en el gabinete á un caballero de madura edad, de aspecto aburguesado y en cuya cara se advertía un contento malicioso.

Juanita adivinó en este personaje al tío de su esposo, á quien sólo conocía por sus amables cartas y sus espléndidos regalos, y sin dejarle tiempo á que se quitase el sombrero, abrazóse á él y le besó cariñosamente.

—Querido tío... Tanto bueno por aquí... ¡Ay! tiene que dispensar á Manolo. Hoy precisamente se le ha ocurrido trabajar al jefe y me lo tiene amarrado en la oficina... ¡Si supiera usted cuánto lo siente el pobrecillo!

—Con que tu esposo, ¿eh?... Vaya, vaya. . . ¿En la oficina?... Pues me alegro mucho — contestó el caballero visiblemente complacido con aquel recibimiento.

—¿Vendrá usted muy cansado, verdad, tío?

—No, he venido en el tranvía.

—Vaya con el tío, ¡qué guapo se conserva!



—Antes de marcharse, tiene usted que t'aparme una grieta en mi alcoba; pero advierto á usted que es]bas tante grande.

—No se apure la señora; te igo buena herramienta.

—Y tú, y tú... también est ás encantadora... ¡Caramba qué cintural!

Y esto diciendo, abrazó el tío á su sobrina con ardiente efusión.

—Pero, bueno—dijo al cabo de una pausa contemplativa,—¿se puede saber á qué viene eso de llamarme tío?

—Toma, ¿pues no lo es usted?

—Claro que sí... pero no pensé que entre tú y yo...



ESTEVANILLO

—*La niña.*—¿Jugamos á los matrimonios?

—*El niño.*—No, porque luego quiere la niña que también juegue con ella y me canso mucho.

—Sí, hombre: también; también es usted mi tío.

El caballero abrazó nuevamente á Juanita prolongando el abrazo de un modo que hizo pensar á la dama en que los tíos de provincias son muy expansivos.

—¿Y cuánto tiempo piensa usted estar aquí?

—¿Aquí?... Un par de horas... Digo, si es posible.

—¿Un par de horas?... ¡Y yo que le tenía preparada habitación!

—¿Habitación?... No, no aspiro á tanto. Con un par de horas me conformo. Además tengo prisa... ¡Ah! Y como suele olvidárseme siempre lo más interesante, toma.

Y ofreció á Juanita dos monedas de cinco pesetas.

—¿Qué quiere decir esto?—preguntó Juanita un tanto sorprendida.

—Calla, tonta, es un regalo... Pero, ¡qué rebién formadita está!, prenda!

Volvió á abrazarla tiernamente, regodeándose con el contacto de aquel pecho firme, sin corsé que lo cubriese y apenas velado por la finísima tela de una bata muy coqueta.

—No, no; guárdese usted ese dinero... No quiero que piense usted que le quiero por el interés... ¡Qué cosas tiene este D. Ambrosio!

—Te advierto, niña, que yo no me llamo Ambrosio. Basta de motes y no perdamos más el tiempo.

Un gesto del caballero hizo comprender á Juanita que se había equivocado, y el caballero también, y levantándose airada, le mostró la puerta con un dedo tembloroso.

—Ruego á usted que se retire. Usted no es mi tío y yo soy una mujer honrada.

El caballero advirtió también su error y balbució muy confundido:

—Usted dispense si tomé á broma eso del parentesco. Como hay señoras... galantes que gustan de ser sobrinas de alguien durante un ratito...

—Yo quiero serlo toda la vida, pero de verdad.

—Es mejor... mucho mejor.

Y guardándose los dos duros en el bolsillo salió el caballero de la estancia con cierta lentitud, en la que se adivinaba el disgusto producido por aquel desenlace tan imprevisto como cruel para sus amorosas ilusiones.

Poco después llegaron Eduardo y el ver-



Demefrio

La mamá.—¡Pero, hija, vas á encanijar á la minina, teniéndola siempre entre las piernas!

dadero tío. Hubo las consiguien'tes explicaciones, y como López se alterase al tener conocimiento de lo de los dos duros y preguntase por el falso tío, entró á este punto la criada, un tanto roja y con el peinado deshecho, explicando que aquel señor se habla equivocado de piso y les pedía perdón por su conducta.

—Está bien, queda perdonado—contestó Ednardo abrazando nuevamente á Juanita.

Y mientras el esposo, la esposa y el tío se dirigen al comedor, la criada, que era por cierto muy linda, murmuró sonriendo con plácido alborozo:

—He aquí una equivocación que me procura la base de mi dote... Diez pesetas... Por algo se empieza.

Julio Mata



SUCEDIDOS...

Funcionan las Cortes españolas. Lejos de nuestro ánimo hablar de política. ¿Quédese eso para el señor Sallillas ú otro así... Nuestro gusto es que Morotito ó Quiroga ó el jaimista Salaberry, distinguidos correligionarios nuestros, nos den una paqueta para las tribunas de orden, donde nunca falta una dama guapa y elegante con quien pegar la hebra.

Uno de los primeros días hallamos á una señora joven, guapa y modestamente vestida. Estaba sola, cosa rara, porque las señoras, noticiosas de que en las Cortes son vencidas en su propio terreno, que es la oratoria insustancial, acuden en grupos y recelosas.

Acostumbramos á entrar en materia pre-

guntándolas si va hablar su esposo ó su padre, y si manifiestan extrañeza las preguntamos, según la edad, si son, ó esposa de Canalejas ó hija de Maura, equivocación que, como es natural, las halaga mucho.

A mi acostumbrada pregunta, la señora contestó:

—Sí, señor; está hablando en este momento. Gracias á Dios que ha perdido la cordedad.

—Pero, ¿D. Gumersindo es corto? Yo sabía que le protegía Maura y él correspondía; pero eso...

—¿D. Gumersindo?—replicó la dama.

—El que está hablando: Azcárate.

—No, señor; si mi marido es un empleado de la secretaría del Congreso. Mírele usted hablando con el presiden'e.

Y dirigiéndose al marido, y en voz bastante alta, añadió:

—Muy bien, Heteróclito, muy bien, así se hace carrera.



—Pues no le interesa poco á mi vecino que yo riegue los tiestos.

El marido debió de oirlo, porque se sofocó, se aturdió, tropezó en la escalerilla, y á poco más estropea á un gasecista (palabra ésta que debe sonar al pronunciarse como si se vaciara el agua de un sifón. ¡Claro!)

CHULAPERÍAS



ESTEVANILLO

—¡Qué desarrollá se te ha puesto la Trini!
 ¿Qué la echas?
 — Churgulate; pero antes de adherirnos parecía un trolé del eléctrico, y ahora... ¡fijate qué gorda la tengo!

La profesión de cortesana

Un periódico americano publica una curiosa estadística relativa á la profesión de cortesanas.

Para ello empieza por establecer categorías, según el género de vida que hacen los que se dedican al comercio de la belleza.

Después dice que, de cien cortesanas, es preciso descontar el veinte por ciento, compuesto por esposas desgraciadas que abandonan al que no supo hacer su felicidad para dedicarse á la felicidad de todos, lo que constituye el colmo de la generosidad.

Hay seis por ciento de antiguas instituti-

ces, un dieciocho por ciento de ex costureras y un veintitrés de ex modistas, un nueve de cocineras, un once de doncellas (léase camareras), un diez de hijas de familia que abandonaron el lecho paternal porque se les obligaba á un matrimonio antipático, ó bien porque sintieron vocación por la vida alegre, y, por último, existe un tres por ciento de cortesanas que no han conocido jamás otra clase de profesión.

También, claro está, hay en número incalculable solteras desesperadas...



LO QUE DESEO

Verte junto á mí, aspirar tu aliento,
 que me abrase el ardor de tu mirada;
 contemplar en tus ojos reflejada
 la imagen de tu ardiente pensamiento.

Percibir de tu seno el movimiento
 si respiras febril y emocionada,
 sentir mi inteligencia enajenada
 por delirio de amor calenturiento.

Entregarte el caudal de mi ternura,
 que sea tu pasión mi solo cielo,
 estrechar con mis manos tu cintura
 y besando tus labios con anhelo;
 morirme por exceso de ventura
 para dar á mi afán dulce consuelo.

Vicente Vellod



—¿Dónde vivirá esa desgraciada?

á servírselo á mi visita; pero ésta, sonriendo con graciosa dulzura, extendió una mano para que me estuviese quieto.

—Tranquílcese usted, no acostumbro á desmayarme.

—Bueno, señora, usted dirá —repliqué con vivos deseos de entrar en materia.

—Yo soy soltera.

—Por muchos años.

—Eso es lo triste, que dejaré de serlo muy pronto.

Sí; me quieren casar con un hombre horriblemente antipático.

—No se case usted.

—A ello estoy decidida, pero ¿como esquivar la voluntad de mi padre? Mi padre, caballero, es un hombre inflexible que sólo se detiene ante los casos de honor... Un caso de estos podría salvarme.

—Y... ¿ha de ser de honor precisamente?

—pregunté algo perplejo.

—Sí, señor... Si yo tuviese un amante, un hombre á quien me hubiese entregado sólo

por amor, en un momento de bondad y de inocencia, mi padre, hombre inflexible, no tendría valor para engañar á mi futuro esposo.

—¿Y pretende usted, bella señora...?—pregunté tímida y amorosamente.

—Sí, lo pretendo—me contestó con apasionada energía.—¿A qué ocultarlo? Estoy enamorada de usted y sólo usted puede salvarme.

Durante un instante pensé que aquella buena señora estaba loca y me entró la comizón de plantarla en la escalera sin más contemplaciones; pero, al levantar los ojos hasta ella, sentí que mis ideas se modificaban totalmente. Aquella frente blanquísima y serena, aquellos ojos arrulladores, negros y mansos; aquella boca fresca, entreabierta y roja, no eran en verdad síntomas de locura... Y después de todo, ¡qué diablo!, no todos los días se presenta ante nosotros tan al alcance de la mano, la propia Primavera rebotante de amor y lozanía.



—¿Quieres huevos de entrada?

—Prefiero sopa, porque ya sabes que los huevos no me entran.

Empecé á convesar en otro tono. Mi amiga sonreía, diciéndome con una voz precursora del caso de honor:

—¡Oh, sí! Seríamos muy felices. Papá no



Ayer me dijo un amigo
que en la calle me encontré:
te estás quedando en los huesos
por culpa del *Ven y Ven...*

se opondría. El que quiere amor, amor verdadero ..

—Pero mi pobreza.

—Tu pobreza no sería obstáculo. Nos amaríamos de todos modos.

Y como yo empezase la serie de escarceos íntimos, desabrochándola el vestido para imprimir un beso en su cuello de una blancura deslumbradora, echóme ambos brazos al mío y murmuró á mi oído:

—Me haces la más feliz de las mujeres.

—¡Y tú á mí el más venturoso de los hombres!—contesté en una magnífica exclama-

ción con la cual se agotaron todas mis energías oratorias.

Media hora después despidióse mi bella enamorada prometiéndome repetir su visita y dejándome en la boca el sabor de unos besos incomparables... Pero ¡oh dolor! Al ir á mirar la hora en un bonito reloj de oro que heredé de mi abuela y que llevaba en el bolsillo del chaleco, encontréme con el más triste de los vacíos.

La verdad es que mejor hubiera hecho mi adorada empezando por decirme que necesitaba cien pesetas... y ya es hacerse pagar unos cuantos besos, por incomparables, que sean.

Clemente de Castro.

La imprenta pecadora deslizó en el número pasado una errata de consideración: le llamó 52, en vez de 51, que era. El 52 es el presente, con el que hace un año que andamos, verdes y lozanos, diciendo cosas por ahí...

EL PAN DE CADA DÍA...

Rita, por cierta pendencia, fué citada ante un alcalde, y éste la sirvió de balde dando en su pro la sentencia.

Con refinada malicia dijo entonces la alcaldesa:

—Nunca he visto, Antón, tan tiesa la vara de la justicia.

Felix Recto.

SUCEDIDOS...

—¿Cuántos son los mandamientos de la ley de Dios?—preguntaba un sacerdote á un joven en vísperas de casarse.

—Hombre, eso según el sexo á que usted se refiera.

—¡Qué barbaridad!

—Nada de eso, padre. Para los hombres son diez y para las mujeres nueve, porque en ellas no entra lo de «no desear la mujer de tu prójimo.»

NUESTRAS COCOTAS

MARGOT MARIN



¿A conocéis?

Es una real hembra, rubia, alta, recia, provocadoramente hermosa y con unos ojos que meten miedo.

Su gesto es desdeñoso. No sonríe nunca y dice las cosas más espirituales y más procaces sin que su rostro se altere lo más mínimo.

Es de las pocas cocotas que viven con señorío verdad. Monta á caballo, patina y lee cuanto se publica.

En ocasiones ha despreciado una entrevista de esas que se pagan con retratos de Cabarrús, por ir á una excursión al Guadarrama.

No parece española, y yo sospecho que en su carácter ha influido la amistad que profesaba á sus padres un señor yankee.

Desde los veinte años quedó sola en el mundo, disfrutando las comodidades que proporciona el ser dueña de dos casas en Madrid y de un p.ñado de láminas de la Deuda.

Gozó fama de mujer honrada hasta que un año, de regreso del veraneo, asombró á sus amigas con lo llamativo de sus *toilettes* y con su presencia en los centros de contratación erótica.

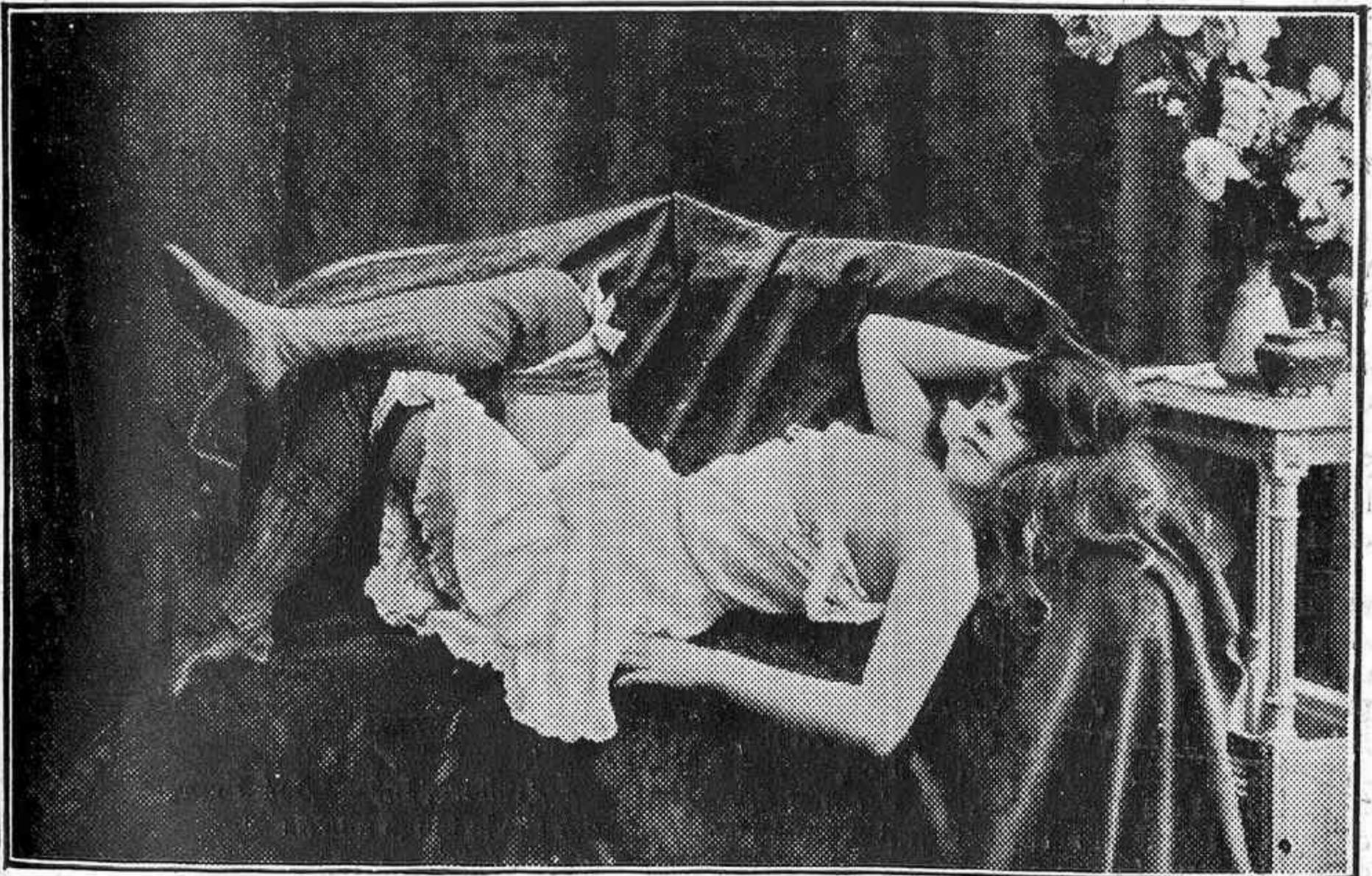
A mí me quería mucho Margot, y la causa de nuestra simpatía fué el *sport*. Una tarde nos pegamos, porque yo me quise propasar con ella. Fué una lucha de ganapanes. Al final, ¡oh, ironía!, yo quedé debajo. Era más fuerte; pero se me torció un pié y resultó vencedora. Seguimos amigos.

Ya en plena *cocotterie*, aquella pelea se repitió á menudo; pero, ¡es natural!, siempre quedé encima.

Ayer volvíamos juntos de la Cas'ellana, y nuestra conversación, muy sostenida al principio, languideció.

A la entrada de Recoletos me saludó Felipe Trigo, el gran novelista, y los ojos inmutables de Margot miraron acerbamente al escritor, y de sus labios salió una interjección tabernaria.

Pregunté á la mundana si conocía al actor de *Las hijas de Eva*, y contestó negativamente.



MARGOT MARIN

(Fot. Enrique.)



Ella.—A usted lo que le hace falta en ese asunto es una que se ciña á él en el momento crítico.

¿Qué le habría hecho el apóstol de la novela sicalíptica?

Llegamos á casa de Margot, la más linda posada de amor de que he sido huésped en mi vida, y mi buena amiga me hizo el honor de sus confidencias.

Felipe Trigo fué el causante de su caída. Sus novelas, rebosantes de sensualismo, inflamaron su temperamento excesivamente meridional.

—Pasé—me dijo Margot—una crisis que al cabo dió al traste con mi inocencia, y lo más raro del caso fué que me costó verdadero trabajo encontrar quien aceptase las primicias de mi juventud y mis caricias, por juzgarme todos un modelo de virtud. Al fin, me decidí á consultar con un médico, cuyos tratamientos resultaron estériles. Persuadida de que mi mal no tenía remedio, mejor dicho, de que lo tenía, y muy agradable, acordé medicinarme. Mes y medio pasé en una finca que tengo en Málaga, y todas las

noches mi *groom*, un inglés que juega maravillosamente al polo, me llevaba y daba con sus propias manos el elixir que apagaba el fuego de mis pasiones.

Después fué mi enfermero un marino portugués, á quien desbancó un arquitecto sevillano. Todos ellos, justo es decirlo, se mostraron enamoradísimos de mí y me ofrecieron su mano; pero yo soy muy respetuosa con los hombres y no quiero que nadie pueda reprocharme el haberle engañado.

Ya lanzada al *demi-monde* soy como todas, y si me vendo es por que tengo un espíritu práctico.

—Mira—me dijo, enseñándome un lindísimo carnet con tapas de oro que llevaba pendiente de una cadena—aquí está mi libro mayor. Pongo las notas en inglés por si se me pierde: *J. A. Eng. Sunday. Twenty L.* J. A. es un ingeniero que el domingo pasado



—Prefero, Inés, á don Juan, porque le tengo afición y con él me casaría.

—No me gusta á mí con don mejor es sin él, María.

me regaló veinte libras esterlinas y una mantilla de madroños que había comprado para su prometida.

M. M. G. empl. Bank. Este es un punto negro; lo que los comerciantes llaman una partida fallida. M. M. G. era un empleado de un Banco, que una noche me pidió hospitalidad, ofreciéndome el oro y el moro. Se despidió de mí, brindándome una sortija que valía mil duros. No la acepté. Al día siguiente leí en los periódicos que se había fugado con 400.000 duros.

V. P. bullfighter. Deception. V. P. es un matador que goza de mucha fama entre las mujeres. Para mí fue una decepción. En lides amorosas le deben cortar la coleta.

Como éstas me leyó Margot una porción de notas que demuestran su alto espíritu observador y comercial.

Yo también figuro en el misterioso *carnet* con la nota de *sportman. Very strong.* Este *Very strong*, muy fuerte, me enorgullece.

Al salir de casa de Margot entré en la librería de Fe, y al ver las llamativas cubiertas de las novelas de Felipe Trigo, Zamacois, Insúa, pensé en Margot y en tantas otras mujeres para quienes su lectura es verdadera iniciación, velo que se descorre, problema resuelto...

Clemente de Castro

Cerrábanse tus párpados...
 Tu boca era como un
 clavel recién cortado...
 La luz iba extinguiéndose...
 No sonaba ni un paso...
 ¡Y fué!... Mi amor gustó
 el ascua de tus labios,
 la llama de tus ojos,
 la argolla de tus brazos,
 mientras rasgaba el aire
 un grito entrecortado...

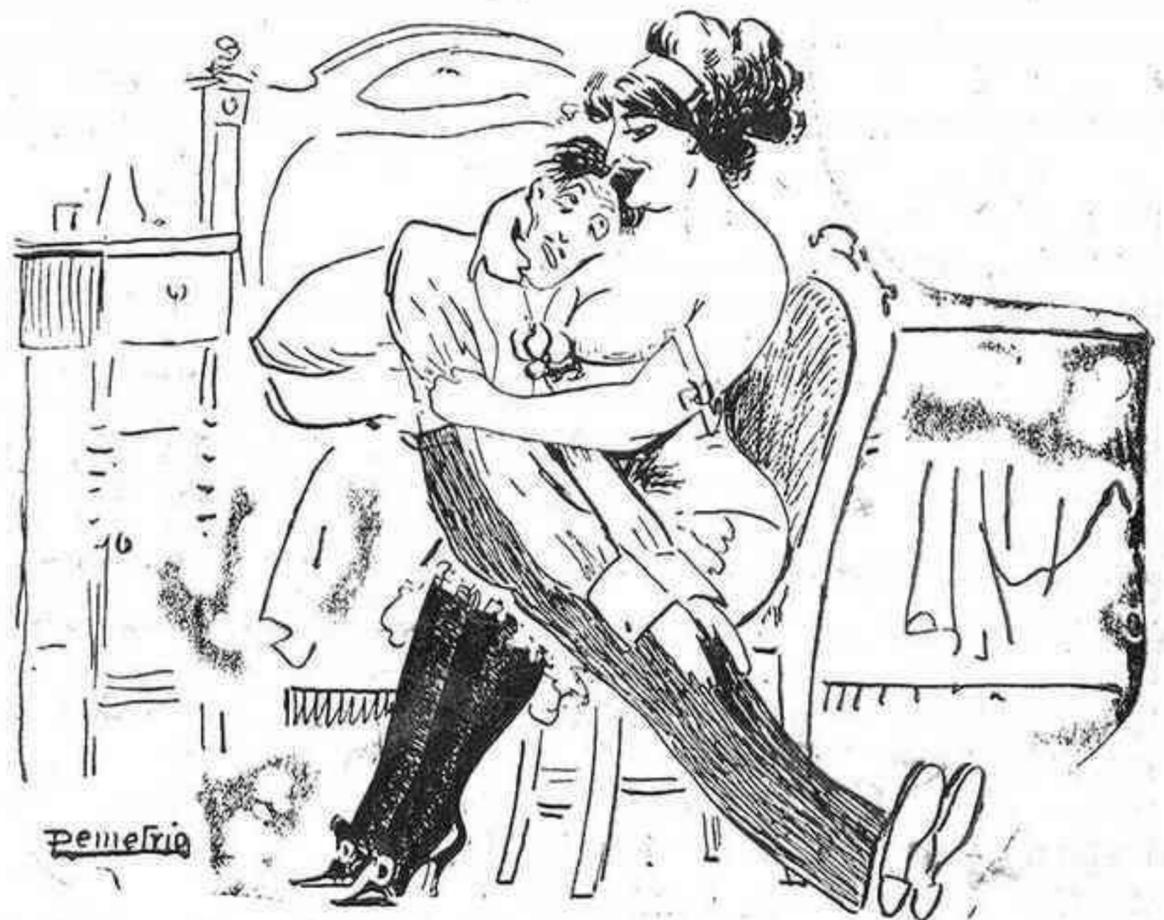
.....
 ¡Pasó!... De los jardines
 subía olor á nardos...
 El sueño se hizo carne...
 Olvido... Desencanto...
 El cielo, ya en penumbra,
 era un hermoso tálamo
 bajo el que nuestras vidas
 fervientes se adoraron,
 al escuchar aquella
 voz de acento apagado
 que dijo en nuestros oídos
 muy quedamente:—¡Amaros!
 De allá, de los jardines,
 Llegaba olor á nardos...
 Y tras los indecisos
 horizontes lejanos
 el sol moría entre
 celajes encarnados...

M. Camacho Beneytez



OFRENDA ROJA

El aire no movía
 ni la rama de un árbol...
 La tarde agonizaba...
 Crepúsculo... Verano...
 De allá, de los jardines,
 subía olor á nardos...
 Y una voz misteriosa,
 de acentos apagados,
 decía en nuestros oídos
 muy quedamente:—¡Amaros!
 Se hizo un silencio augusto,
 un silencio sagrado...
 Calor... Enervamiento...
 Con uno de mis brazos,
 ceñí tu busto frágil,
 tu busto delicado...
 Llegaba del jardín
 un acre olor á nardos...
 Henchíase tu pecho...



El.—Tu amor acabará matándome.

Ella.—Calla, tonto, que peor es meneallo

LO QUE ME PASABA...



A joven y alegre Redacción de este popular semanario ha tenido la amabilidad—que se le agradece—, de dar cuenta de mi libro *De telón adentro*, en unas saludísimas y «provocativas» líneas; y como parece ser que los simpáticos redactores de LA HOJA DE PARRA les ha picado la curiosidad, se entiende, de saber lo que me pasaba al entrevistarme con algunas de las sugestivas artistas con quienes he celebrado interesantes «interviews», paso á darles gusto, en lo que respecta, ¡naturalmente!, á la impresión que me han producido los coloquios sostenidos con las más arrebatadoras «hijas» del arte de Talía.

¿Que qué es lo que me pasaba al encontrarme delante de una artista dislocante, mientras que con ella hablaba?

Pues no lo sé con certeza; pero confieso, á fe mía, que muchas veces sentía trastornos en la cabeza...

Y desde el cráneo á los pies cierta inquietante impresión al tramar conversación con la Fons y con la Andrés. Son cariñosas, sencillas, y las dos de las más bellas; así es que hablando con ellas, me entraban unas cosquillas!...

Con la Soler, Rosarito, también sentí emoción fuerte y, ¡ay!, envidiaba la suerte del dueño de tal palmito. Lo declaro sin rubor; todas, con sus buenos tratos, me han dado... muy buenos ratos

á falta de algo mejor. Desde luego en ellas vi encantos mil que admiré, y agradecido quedé por lo obsequiado que fuí. Y observar pude de sobra ciertos detalles sabrosos que los lectores curiosos podrán leer en mi obra. Nada; que bien lo he pasado; pero de amor no he tratado, pues que me está prohibido por encontrarme... ¡casado! (quiero decir, ¡divertido!!...)

Fernando Porset



PENSAMIENTOS A TONO...

Una mujer hermosa no tiene derecho á ser casta.

*

La lujuria no es más que el culto fervoroso al amor.

*

Quitad al mundo la mujer y volveréis al caos.

*

Los hombres hemos contraído ante la Naturaleza el deber de enseñar el amor á las mujeres.

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

LA HOJA DE PARRA

* REVISTA FESTIVA *

APARECE LOS SÁBADOS

Colaboración inédita de los más ilustres escritores y dibujantes.

NÚMERO SUELTO: CINCO CÉNTIMOS.

Oficinas:
HUERTAS, 43, PRIMERO



Apartado de Correos número 547.
MADRID

En Valencia: VICENTE PASTOR, Victoria, 11.

En Barcelona: NARCISO ESPAÑA, Kiosco EL SOL.